

GERMAN SANTAMARIA

COLOMBIA Y OTRAS SANGRES

Diez años de periodismo que pasan por
Beirut, Armero, Centroamérica, Popayán,
Las Malvinas, Siberia y la Vereda Chulavita.



PLANETA



Germán Santamaría. Nació en el Líbano, Tolima, en 1950. Ha publicado tres libros de relatos "Los días del calor", "Marilyn" y "Morir último".

Durante once años se ha desempeñado como periodista del diario EL TIEMPO. Como Enviado especial ha visitado más de 40 países y ha cubierto los más importantes hechos a nivel nacional e internacional. Como escritor ha ganado varios concursos de narrativa a nivel nacional y latinoamericano. Dos veces ha obtenido el Premio Simón Bolívar de Periodismo y en 1986 ganó el Premio Pedro Joaquín Chamorro, de la Sociedad Interamericana

de Prensa, SIP, por el cubrimiento de la tragedia de Armero.

Una encuesta reciente, lo colocó entre los tres primeros periodistas de Colombia. Ha sido dos veces Presidente del Círculo de Periodistas de Bogotá, CPB.

Como toda antología, también esta pretende presentar la mejor selección posible de las ya incontables crónicas que sobre los más diversos temas y desde las más apartadas regiones del planeta ha escrito el periodista Germán Santamaría. Pero de seguro habrá lectores que recordarán otras que no aparecen en este libro y que, en opinión de ellos, deberían haber sido incluidas.

Estos son, al igual que todo trabajo periodístico, textos escritos con premura, muchas veces de modo apresurado. Pero son, a la vez, producto de rigurosa investigación y de análisis más o menos minucioso de los hechos relatados y de sus protagonistas.

A lo largo de una década, este periodista que aún no llega a los 40 años, ha sido uno de los mejores reporteros entre los vinculados a un diario del país. Y en el caso particular de Germán Santamaría al matutino que goza de una fama de ser considerado como el más importante entre todos.

En varias oportunidades, Germán Santamaría ha recibido premios nacionales por sus trabajos para la prensa. Y esas distinciones han sido apenas el reconocimiento justo a un joven escritor público que se ha entregado en forma total al ejercicio de la que es sin duda la profesión más hermosa pero también la más exigente y una de las más duras.

Volver a leer, cuando hacen el tránsito de la hemeroteca a la biblioteca las crónicas de Germán Santamaría, es algo que hacemos con agrado quienes hemos venido siguiendo su brillante carrera desde hace algo así como dos lustros.

Germán Vargas Cantillo

Contenido

Presentación I

¿En qué país morimos?, Gabriel García Márquez	9
---	---

Presentación II

Esta rosa fue testigo, Germán Arciniegas	13
--	----

COLOMBIA: 1977-1987

La agonía de los indios pijaos	17
Réquiem por el circo	
¡El espectáculo más pobre del mundo!	25
Por los caminos de Boyacá	
Una noche con los chulavitas	31
Violencia en Trujillo (Valle)	
Vida y muerte de don Leonardo	39
Colombia desconocida	
Dos pueblos del absurdo	45
La amnistía: el final de "los generales del monte"	51
Ambalema: la grandeza que el tiempo se llevó	59
En Araracuara: así mataba un "rastreador"	69
Al exjuez de Barranquilla	
Le mataron lo que más quería	75
En Colombia	
Amor y... traición por Sartre	83

Ultimo reportaje de García Márquez	
Prácticamente vivo en la clandestinidad	87
El suicidio colectivo	
Murieron en su infernal navidad	95
La 7a. Una vía que atraviesa a Colombia	103
Obregón y su último mural 'Mi pasión son los vientos del mar'	111
Gallos en Guaduas	
Espuelazos de millonarios	117
...y de la derrota	123
La amnistía de Conrado Marín, "Efrén"	
Historia de un guerrillero solitario	129
"Don Belisario, deme p'al ataúd de mi hijo"	139
En el Magdalena Medio	
Como si fuera El Salvador	145
En las selvas del Caquetá	
Viaje al fondo de las Farc	153
Dos mundos de la coca	
El caballo de doña María Cisneros	159
Una pasión nacional	
La noche de los generales	165
Una trampa en las Antillas	
Las "mulas" caen en Curazao	171
Popayán, un año después	
La bonanza del terremoto	179
El desierto de la Tatacoa	185
El general Faruk Yanine	
'El duro' del Magdalena Medio	193
Mario Vargas Llosa	
"Perdí mis ilusiones revolucionarias"	201
Tú tan alta... yo tan bajo	
"Love Story" a la Guasca	209
Dice magistrado Humberto Murcia B.	
'Fue una masacre anunciada'	215
La niña que agoniza en el fango	
Por favor: ¡Hay que salvar a Omayra!	221
Murió Omayra pero nació Consuelo	227
Caso extraño	
La vida por unos centavos... ..	233

Armero	
Entre los vivos y los muertos	235
Armero, un año después	
El hombre que llega de noche	243
Las nostalgias de Armero	249
El asesino Campo Elías Delgado	
Hijo del póker de la guerra	255
Don Guillermo Cano	
Tan sólo el poder de la verdad	261
Nabusímake, donde nace el sol	265
La niña tejedora	267
En Barranquilla	
¡El carnaval donde los hombres bailan solos...!	269
En Nueva York	
Colombianos que triunfan	273
Luis Enrique Uribe	
Los ojos de Nueva York	277
La otra Colombia	
Solos en el "hueco" de Nueva York	
Nacho, el paisa de Queens	279
Julio, el gamín	281
Ernesto, "El coyote"	283
La masacre del Caquetá	
"Nos mataron hasta el anochecer"	289
Aún es posible	
Un hombre murió de amor... ..	295
Pepe Cáceres	
Dos corazones y un triunfador	301
El hombre que mató cinco mil toros	307
Pepe Cáceres	
¿Maté al toro? pregunta Pepe	313
OTROS MUNDOS, OTRAS SANGRES	
Beirut	
La ametralladora no basta	319
Los niños de la guerra	325
Bolivia, esa mujer	331
Relato del capitán del 'General Belgrano'	
Así hundieron mi buque	335

Los pilotos de las Malvinas

Duelo en las nubes 339

Volveré, dice Arafat 345

La muerte de una ciudad

Beirut y sus 86 días de agonía 349

De Beirut a Damasco

Viñetas de una guerra 355

Hace 15 años

“Yo atrapé al Che Guevara” 361

La dramática misa de Managua

El Papa, entre Jesús... y Marx 369

Bajo el fuego de los “Nicás” 375

En la Unión Soviética

Por Siberia, como si fuera Boyacá 383

El amor al pie de la guerra 389

Cuando se comparte el miedo 395

Los ojos de Nueva York 397

La otra Colombia 398

Solo en el “búscó” de Nueva York 399

Nacho, el país de Quena 400

Julio, el gamín 401

Ernesto, “El coyote” 402

La masacre del Capatzen 403

“Nos mataron hasta el anochecer” 404

Aún es posible 405

Un hombre murió de amor 406

Fefe Cáceres 407

Dos corazones y un trunador 408

El hombre que mató cinco mil tonos 409

Fefe Cáceres 410

Maté al toro pregunta Fefe 411

La otra Colombia 412

OTROS MUNDOS 413

Beirut 414

La ametralladora no basta 415

Los niños de la guerra 416

Bolívia, esa mujer 417

Reflejo del capitán del “General Beltrano” 418

Así hundieron mi padre 419

DOS MUNDOS DE LA COCA

El caballo de doña María Cisneros

Allá en el Caquetá, al otro lado de las ciénagas azules y de los caños cercados de babillas y tortugas, María Cisneros cambió una arroba de hojas de coca por un caballo flaco y colorado.

Dos días selva abajo, a orillas de un río de aguas negras, más de 60 hermosas prostitutas les venden felicidad a los comerciantes de la coca, a un costo total de 20 millones de pesos por noche.

En una hacienda del Valle del Cauca, un magnate de la droga para celebrar el cumpleaños de su único hijo varón trae de México al Chapulín Colorado y a todo su elenco, así como al mariachi de Cuco Sánchez, a fin de que le cante el corrido del Caballo Blanco a su caballo blanco, que en realidad es un corcel de paso que cuesta 25 millones de pesos.

Entre María Cisneros y los traficantes que se emborrachan en Cartagena del Chairá con 60 prostitutas y el magnate que gasta varios millones de pesos para que un mariachi le toque a su caballo, solo hay algo en común: una matica de coca.

Más allá de los miles de millones de dólares de los grandes peces del negocio de la droga, están los minifundistas de la coca. Se calcula que solo en el Caquetá por lo menos 50 mil familias se dedican a sembrar coca en pequeños cultivos. Y se da por seguro que en Colombia por lo menos 500 mil familias campesinas explotan en estos momentos pequeñas plantaciones.

Estos son los pobres de la coca. Lo mismo que los minifundistas del café, o aquellos sembrados de algodón a la orilla de los ferrocarriles, existen en el país esas 500 mil familias campesinas para quienes la coca no es un negocio de millones de dólares sino apenas una oportunidad para no dejarse morir de hambre.

El caso de María Cisneros, bello y doloroso, símbolo de este drama. Los enviados de *El Tiempo* la encontraron en un rancho de paja, a orillas de un caño que serpentea por las selvas del Caquetá. Estaba sola con su hija, porque su marido se hallaba más abajo, monte adentro, desyerbando la hectárea de coca.

Sin miedo, como un niño que cuenta con inocencia sus destrozos en la sala, María Cisneros narró su historia. Sus palabras muestran otro país, situado muy lejos de Unicentro, remoto de la séptima con Jiménez, distante como el mar de la nieve. Habló así

La marrana grande

“Cuando a mi marido lo picó y lo mató una culebra cuando cortaba caña en Palmira entonces yo me vine con mis hijos para el Caquetá. En Florencia conocí a Emilio y nos rejuntemos y entonces nos vinimos para estos lados. Emilio era del Tolima y lo que sabía era sembrar maíz y me propuso que nos viniéramos para este lado del río. Nos metimos monte adentro, apenas con cinco libras de sal y una escopeta para la cacería. A pura hacha tumbó esta selva que usted ve por aquí. Sembramos el maíz pero entonces cuando creció era muy trabajoso sacar de aquí la cosecha. En la primera cosecha, que esperamos por un año, cogimos diez cargas. Pagamos a 500 pesos la sacada en mula de cada carga de maíz hasta la orilla del río y después 200 para llevarla en lancha hasta el pueblo. Por eso nos dimos cuenta que no era negocio y al otro año decidimos mejor engordar marranos para vender después. Pasaron los años y nosotros nos alimentamos con carne de monte y arepa y con el otro maíz empezamos a engordar los marranos. Al principio todo iba bien, pues la marrana grande ya pesaba 14 arrobas y teníamos otros once marranos pequeños. Decidimos esperar un poco más para sacar a venderlos, pero en eso fue que resultó lo del tigre”.

Llega el tigre

“Fue al mediodía. Yo estaba aquí en la cocina cuando sentí los chillidos de la marrana grande. Salí corriendo hacia el potrero y me encontré la marrana que venía. Traía casi las tripas por fuera

y chorriaba sangre a chorros. Tenía casi la barriga abierta, chillaba la pobrecita y en el espinazo traía también los arañetazos del tigre. Me quedé viendo la pobre marrana cuando apareció atrás el tigre, un animal grande, de manchas amarillas, casi tan grande como la marrana herida. Yo me asusté pero resolví defenderme y volví a la pieza para sacar la escopeta de fisto. Cuando salí ya el tigre se había ido.

Pero volvió, unas veces por la noche o ya amaneciendo y también al mediodía y así fue como se comió todos los marranos. También se comió las gallinas y una tarde estuvo persiguiendo por ese lado hasta el gato. Cuando el tigre se acabó de comer a todos los animales hasta se me enfrentó a mí misma. Una vez yo iba para el lavadero cuando me lo encontré en el camino. Estaba flaco, se le veían las costillas y seguramente era porque hacía días que se había acabado de comer todos los animales. El tigre se me quedó mirando. Yo le vi los ojos grandes y brillantes. Pegó un gruñido que sonó tan duro como un palo que se cae y comenzó a caminar hacia mí. Yo retrocedí, volví al rancho por el machete o la escopeta pero me tocó cerrar la puerta y el tigre estuvo afuera toda la tarde y yo encerrada adentro. Por fin se fue y yo salí.

Desde entonces no ha vuelto pero ya no tiene nada que comer aquí. Por aquí hay muchos tigres pero en este rancho no hay nada, fíjese que hace más de tres semanas que no tenemos ni terroncito de azúcar. En esos días nos dimos cuenta que ya no nos servían ni el maíz ni los marranos y entonces fue cuando supimos lo de la coca".

Todos lo hacen

"Yo creo que nosotros fuimos los últimos en sembrar coca por aquí. Los Rubiano, los Sánchez, los Romero, todos los que se hallan fundados en estas selvas del Caquetá ya llevan más tiempo sembrándola. ¿No vio de aquí para abajo todos los cultivos? Pero como nosotros estábamos tan pobres no teníamos ni siquiera para la semilla y fueron los Vargas los que nos fiaron la semilla. Desyerbamos, la sembramos y esperamos. Emilio estaba muy esperanzado en este cultivo. Por fin llegó el mes de coger la hoja, o sea de 'raspar' pero como nosotros no teníamos para la gasolina y todas esas otras cosas que necesitan para sacar el polvo ese

entonces nos tocó que aceptar lo que nos propusieron los Vargas. Mejor dicho, como nosotros le debíamos la semilla, le dimos toda la hoja que raspamos en pago de esa semilla y por un caballo. Ese caballo flaco y colorado que usted ve allá. Los Vargas nos encimaron apenas mil pesos, con lo que fuimos al pueblo a comprar sal y a llevar esta niña al doctor porque tenía la barriga así de grande por las lombrices. Mejor dicho, de esta primera siembra no nos quedó nada, apenas este caballo colorado, que nos sirve para bajar hasta el río cuando el caño se seca. Claro que tengo mucho miedo que vuelva el tigre y ese tigre es tan grande y si anda hambreado es capaz que se come el caballo. Ese caballo es lo único que nos ha quedado de todo este tiempo por aquí. ¿Qué cuánto vale ese mocho colorado? Por ahí tres mil pesos. ¿Qué es eso de dólares de que usted me habla? No, por aquí el cultivo de la coca apenas se vende por poquitos pesos porque la mayoría de las gentes que la cultivan no tienen plata para sacar el polvo ese y entonces tienen que venderla en hoja. Sí, es lo mismo que le pasa al campesino que vende la caña porque no tiene trapiche para molerla o el que vende café sin descerezar porque no tiene dónde hacer eso. Yo no sé para dónde se llevan ese polvo ni qué hacen con él. Por ahí me dijeron que se lo fuman.

El beso...

Muy lejos de las selvas de zancudos y alimañas y armas del Caquetá, se halla el Valle del Cauca, verde y geométrico bajo una brisa calurosa que sabe a melaza de azúcar.

Es una hacienda de un "mágico" —léase mafioso—. Su hijo mayor cumplió once años. Entonces el hombre quiso sorprender a sus amigos con una fiesta inolvidable. Y lo logró.

Invitó a 300 personas. De México llegó el Chapulín Colorado, con todo su elenco. En el mismo charter que voló de Ciudad de México a Palmaseca llegaron Cuco Sánchez y 9 mariachis.

La fiesta fue al atardecer. Primero fue el show del Chapulín Colorado. El pequeño de once años le dio un beso en la mejilla de su papá, pues estaba feliz de que lo quisiera tanto como para traerle desde la televisión al Chapulín y a la Chilindrina y al profesor Jirafales y a doña Florinda y a todos los demás.

Después del show del Chapulín empezaron a tocar los mariachis. Los músicos estaban sobre un pequeño palco, frente a las aguas del río Cauca. Cerca de ellos, en el césped de golf, empezaba el buffett. Era una mesa de casi cien metros, atiborrada de todo. Mariscos, langostas, palmitos, carnes frías, pavo, faisán, trucha, salmón. Todo...

El anfitrión casi no comía. Bebía mucho. Consumía whisky a borbotones. Los invitados no cesaban de comer y los mariachis seguían tocando, a campo abierto, en una noche espléndida, llena de murmullos, de insectos y de luciérnagas del Valle del Cauca.

Cuando ya casi todos estaban exhaustos de comer, el anfitrión se dirigió hasta la cocina y allí una cocinera uniformada de blanco le sirvió lo que realmente le gustaba a su amo: un tamal, dos chicharrones y una cerveza.

Lleno, tambaleante, el hombre salió nuevamente al patio. Hizo una señal y caminó hacia las caballerizas. Lo seguían los mariachis. Entraron a las caballerizas y los mariachis empezaron a tocar. El hombre subió a su caballo de 25 millones de pesos.

Entonces el hombre salió al patio. Iba adelante montado en su caballo blanco y alrededor los nueve mariachis importados de México interpretando el corrido del caballo blanco.

Caminando más bello y más suave que la mujer más bella del mundo, el caballo y su jinete se abrían paso por entre la multitud maravillada.

Los mariachis rodeaban al caballo y jinete y tocaban sin tregua una y otra vez el corrido del Caballo Blanco.

De pronto el jinete lanzó una orden de silencio. Todos callaron. Mariachis e invitados formaron un amplio círculo alrededor del caballo y su jinete.

Entonces empezó la ceremonia. Durante media hora el hombre maniobró los 25 millones de pesos que tenía bajo las piernas. Su caballo caminó despacito, trochó, retrocedió, zigzagueó... Suave, sutil, el caballo blanco, que acababa de escuchar su propia serenata, estuvo aquella noche más elegante y hermoso que en toda su vida.

De pronto el caballo se paró en sus patas traseras y comenzó a levantar las delanteras más y más. Llegó hasta quedar casi vertical. Entonces el jinete lentamente se fue escurriendo hacia atrás, hasta que cayó de pie en el piso, tan suave como una cancha de golf. Toda la multitud estaba expectante.

El hombre levantó la cola del caballo y le dio un beso al trasero de su hermoso corcel que vale 25 millones de pesos...

Y doña María Cisneros...

¿Se comerá el tigre al caballo flaco y colorado de doña María Cisneros, allá en el Caquetá?